

Por una cruzada antiterrorista

UNA VEZ MAS EL TERRORISMO HACE DE LAS SUYAS, en esta ocasión sembrando el pánico y el desconcierto entre los viandantes parisinos, víctimas potenciales de una guerra lejana de la cual ni siquiera saben que forman parte. Y, como respuesta al horror ciego e imprevisible, de nuevo los gobiernos de las naciones más afectadas buscan unir fuerzas, tratando de perfeccionar sus métodos para combatir este flagelo que, en su modalidad moderna, azota al mundo libre desde mediados de los años sesenta en alarmante escalada.

Pero, ¿cómo luchar contra tan esquivo enemigo que no pone la cara y cuyo blanco son las democracias, vulnerables precisamente por serlo, en su

III TRIMESTRE 1986

condición de sociedades abiertas donde rige el precepto de ley e imperan las libertades de expresión y de movimiento?

Para contar con posibilidades de éxito en cualquier batalla que se libere se requiere, ante todo, saber con precisión qué es lo que se está combatiendo. La comprensión del fenómeno terrorista en sus más amplias dimensiones y la búsqueda de fórmulas efectivas para frenarlo son, precisamente, las dos funciones esenciales del Jonathan Institute, fundado por los israelíes en 1976 a raíz del famoso rescate de rehenes en el aeropuerto de Entebbe, en Uganda. En dos ocasiones ha organizado dicho instituto conferencias internacionales sobre el terrorismo, con la participación de figuras de renombre mundial como George Shultz, Moshe Arens, Jean-Francois Revel y Jean Kirkpatrick, entre muchos otros. Las ponencias y conclusiones de la última conferencia, celebrada en Washington en 1984, fueron recientemente editadas en un libro de inmenso provecho, "How The West Can Win" (Cómo Occidente puede ganar), por Benjamin Netanyahu, representante permanente de Israel ante las Naciones Unidas.

Ante todo, coinciden en su mayoría los expertos, es imperativo definir el terrorismo de manera tal que no puedan presentarse ambigüedades morales o confusiones políticas al respecto. Y, en segunda instancia, se requiere comprender a cabalidad las dimensiones internacionales del fenómeno, sin que se abrigue la menor duda de que, en el mundo totalitario, son varios los estados que auspician descaradamente el terrorismo, ya sea mediante abastecimiento directo de armas, patrocinio de campos de entrenamiento dentro de sus fronteras, protección de asilo, suministro de documentos falsos, etc. Solo así puede entenderse plenamente la necesidad de organizar un frente común, con la participación decidida y valerosa de todos los países vulnerables a este tipo de ataques, como única manera de atajar esta epidemia antes de que sea demasiado tarde.

El terrorismo es, llanamente, una forma más del crimen organizado. Su barbarie es muy fácil de distinguir en algunas ocasiones, como cuando se coloca una bomba asesina y anónima en un lugar cualquiera, dejando un reguero de muertos y heridos cuya única culpa fue la de haber corrido con la mala suerte de pasar por el sitio del atentado en el momento de la tragedia. No obstante, hay casos en que la brutalidad logra esconder su verdadera faz tras la supuesta justicia de su "causa", como sucede a veces con los secuestros o la toma de rehenes. El terrorista busca crear una confusión de valores, tratando de legitimar arbitrariamente el uso de la violencia bajo la apariencia de un activismo político válido. De allí que, por ejemplo en una operación terrorista con toma de rehenes inocentes, emita "comunicados" y exija la liberación de "prisioneros políticos", en realidad criminales condenados por asesinatos y otros actos de terror. Con la emotividad que una acción de esta naturaleza provoca, ampliamente publicitada por los medios de comunicación de sociedades cuyas reglas de juego incluyen el tener en cuenta distintos puntos de vista, resulta relativamente fácil desdibujar la línea divisoria entre un terrorista y un activista político.

A diferencia de los movimientos de resistencia en tiempos de guerra o de la guerrilla clásica, se esté o no de acuerdo con ella, el terrorismo escoge

como blanco deliberado a civiles inocentes, con el objeto de producir, como su nombre lo dice, *terror*, indicando con ello que su violencia sin ley no tiene límites. Se pretende de esta manera fomentar la inestabilidad al minar la confianza del pueblo en sus gobernantes, uno de cuyos deberes esenciales es velar por la seguridad colectiva. Se busca así contar con poderosas armas emotivas de chantaje, colocando a los gobiernos democráticos en difíciles predicamentos.

Otra modalidad del terrorismo, de empleo frecuente en países latinoamericanos, es la desestabilización con miras a forzar una reacción extremista por parte de las autoridades, bajo la presunción de que es más fácil pasar del extremismo derechista al comunismo que de la democracia al comunismo. Fue lo que sucedió en Argentina y Uruguay, en donde, para combatir un terrorismo que alcanzaba proporciones inaguantables, se recurrió a soluciones militares y se cometió el gravísimo e imperdonable error de responder a la violencia con un terrorismo de estado. No obstante, como el mundo pudo apreciar, el paso siguiente no fue el comunismo, ya que fue más fuerte la voluntad democrática de todo un pueblo.

Los civiles inocentes pueden caer víctimas de un atentado terrorista en un aeropuerto, un avión, una calle o un restaurante como parte de una grotesca campaña publicitaria, o pueden ser utilizados cobardemente como parapeto, como supuesta garantía de impunidad. Fue lo que sucedió durante años en Líbano, cuando la OLP instaló todo su andamiaje militar y su red terrorista amparada por la población civil, y, sin ir muy lejos, lo que pretendió el M-19 escudándose tras rehenes que suponía intocables durante la sangrienta toma del Palacio de Justicia en Bogotá.

Sea cual fuere el caso, quien deliberadamente ataca a civiles inocentes es un terrorista, sin importar cuáles son los móviles políticos que impulsan sus acciones demenciales o cuáles "causas superiores" se invoquen como excusa para la barbarie. El terrorismo, *todo* terrorismo, es inexcusable y de manera alguna se le puede condonar.

Puesto que el objetivo del terrorismo es infundir el pánico, la respuesta eficaz es no dejarse amedrentar, por duro que para un gobierno democrático ello pueda ser. Si bien cada caso, como es obvio, debe estudiarse en forma particular, el principio es común: con el terrorismo no se puede negociar, so pena de agravar en un futuro el problema, por el afán de buscarle una solución inmediatista. La norma esencial es no permitirle creer a un terrorista que existen instancias en las cuales puede gozar del privilegio de la impunidad.

Pero para salir triunfante en la lucha anti-terrorista se requiere, como subraya repetidamente el embajador Netanyahu en el libro de su edición, un consenso de Occidente basado en una doctrina común. El terrorismo no habría alcanzado sus actuales dimensiones ni su alarmante potencial de chantaje si no contase con una red internacional capaz de brindarle apoyo logístico. De allí que se deba actuar al unísono, pero no solo compartiendo información secreta y protegiendo las fronteras contra la infiltración de elementos terroristas. Los países de Occidente, en particular Estados Unidos y las democracias europeas, no deben temerle a la imposición de sanciones económicas y políticas a naciones de comprobada participación en

actividades terroristas, así dichas sanciones puedan redundar en perjuicios propios. Y, en casos extremos, asevera el embajador israelí, tampoco debe temérselo a la acción militar.

Solo así podrá el Occidente democrático ganarle la batalla al terrorismo internacional antes de que se vuelva aún más peligroso de lo que hoy en día es. Durante las últimas dos décadas el campo de acción de los terroristas se ha ampliado considerablemente. Desde hace varios años se da por sentado que los aviones son potencialmente inseguros desde el punto de vista del terrorismo. Ahora también son arriesgados los cruceros en barco. Y los aeropuertos. Y los restaurantes. Y las calles... También el potencial militar al alcance de los terroristas ha aumentado incommensurablemente. Pero, lo que es peor, aún puede incrementarse mucho más. Por ello, si no se le combate con valor y con firmeza, el terrorismo actual puede ser apenas el preludio de horrores inimaginables en el porvenir.

Angela García Rocha
